**Saga Occulta**

Libro 4

**\***

**El último Sicario**

**Por L. R. Macleod Talbot**

**© Todos los derechos reservados**

**Contenido**

[La Orden del Druida 3](#_Toc109931998)

[La maldición](#_Toc109931999)

[Abraxas y Berthildis](#_Toc109932000)

[La decisión de Mitrana](#_Toc109932001)

[La Médium](#_Toc109932002)

[El duelo](#_Toc109932003)

[15 años más tarde](#_Toc109932004)

[El refugio](#_Toc109932005)

[La Abadía](#_Toc109932006)

[Juan y Abraxas](#_Toc109932007)

[Los túneles del infierno](#_Toc109932008)

[El incendio](#_Toc109932009)

[La rebelión](#_Toc109932010)

[Los gemelos](#_Toc109932011)

[La decisión de Berthildis](#_Toc109932012)

[El impostor](#_Toc109932013)

[El extraño enmascarado](#_Toc109932014)

[La espera](#_Toc109932015)

[La venganza](#_Toc109932016)

[Un castigo ejemplar](#_Toc109932017)

[Isla Soledad](#_Toc109932018)

[Sin salida](#_Toc109932019)

[Señor Monk](#_Toc109932020)

[El último Sicario](#_Toc109932021)

[El resucitado](#_Toc109932022)

[Epílogo](#_Toc109932023)

**La Orden del Druida**

La Orden del Druida había sido creada siglos atrás, antes de la Gran Inundación, con intención de que defendiera la naturaleza y el medio ambiente. Sus miembros, extendidos por todo el planeta, formaban pequeños grupos que actuaban de manera independiente, siguiendo las premisas generales que había escrito el Druida fundador, en el Libro Azul.

Enseñar a los mineros y sus hijos, que la explotación del carbón y otros minerales era mala para el planeta y para los humanos, comenzó a resultar, más que didáctico, revolucionario. Proponer alternativas a los combustibles fósiles, y desarrollarlas con éxito, convirtió a los seguidores del Druida, en una amenaza para los amos del oro negro. Fomentar la organización en pequeñas comunidades con independencia energética, y demostrar que era posible, los transmutó de innovadores, a sublevados, y pronto, la Ley de los más fuertes, que era la Ley impuesta durante la Edad Oscura, encontró suficientes justificantes para perseguirlos como delincuentes.

Se los acusó de sabotear instalaciones e industrias, y de eliminar a líderes conocidos por su negligencia en el cuidado del medio ambiente. Fueron famosos, buscados, proscritos para algunos, y la única esperanza para otros. Siendo héroes para la mayoría, molestaban a muchos, muy poderosos; así que, la Orden del Druida pasó a ser clandestina.

Después de la Gran Inundación, resurgieron con fuerza y se organizaron en una jerarquía férrea, a imagen de las órdenes religiosas más antiguas. Fundaron sedes llamadas Sicariatos, presididas por un Abad, propuesto y aprobado por ellos mismos.

El entrenamiento de sus integrantes, nombrados Sicarios, se volvió único y fundamental para detectar y destruir lo prohibido. Una vez ordenados, a cada uno se le tatuaba el distintivo de la Orden, un sol negro de ocho brazos, y recibían el báculo característico, una lanza que podían cargar con los impulsos eléctricos de su propio cerebro; las armas más letales que he conocido, para quien se enfrentara a ellos con mala intención.

Entrenados en cuerpo y mente, eran como máquinas físicas y espirituales, capaces de percibir por su olor, y por su vibración magnética, objetos y sustancias vedadas, incluso a grandes distancias.

Así, retomaron su propósito original, y se convirtieron en los responsables de proteger al Planeta Azul, de aquello que una vez casi lo destruyó: los mismos humanos.

Entonces, todavía eran muchos, se los temía y respetaba por su lealtad hacia la regla de la Orden, y por resultar implacables.

Se dice que los Sicarios eran el brazo ejecutor de los mandatos de los Ocultos, grandes jefes, que los habitantes nunca hemos visto ni conocido, que dirigieron el renacimiento del Planeta Azul después del desastre climático. Se dicen tantas cosas, que las verdades y las mentiras se han enredado en una madeja de historias y leyendas.

En aquellos tiempos lejanos que ninguno de nosotros vivió, los Ocultos establecieron una lista de objetos prohibidos, relacionados con elementos o procesos contaminantes para el planeta.

Con el paso de los siglos, los objetos prohibidos desaparecieron, los vestigios de las eras industriales que habían envenenado la Tierra fueron olvidados, y el pasado se enterró con el nombre de Edad Oscura.

El día que apareció el primer ser humano perdido, hablando de ese pasado sepultado, los Ocultos asumieron que existían anomalías en el espacio y el tiempo; supieron que el mundo que se habían empeñado en reconstruir, correría un peligro creciente si se divulgaba su existencia.

Los objetivos del Druida, que había fundado el primer grupo, tuvieron que adaptarse a las nuevas necesidades. Ya no se trataba de proteger la naturaleza y la pureza del medio ambiente, sino todo un sistema de vida.

De tal manera, los Sicarios de la Orden del Druida, se convirtieron en persecutores, captores y verdugos de aquellos infelices que, conscientes de lo que hacían, o por accidente, viajaban en el tiempo y se colaban en nuestro presente.

Los Ocultos no tuvieron en cuenta que por muy entrenados que estuviesen los Sicarios, por muy justificados que estuviesen sus actos, el factor humano seguía existiendo, para bien y para mal. Y fue ese factor humano, el que hizo que un día, un Sicario se preguntara si era correcto aniquilar al portador del objeto prohibido, sin que este supiera que poseía tal objeto. Fue ese factor humano, el que un día ocultó a un niño de ropaje extraño, que debía ser ejecutado, por el único y no menos importante hecho, de estar vestido con ropas, fabricadas con más de siete sustancias tóxicas diferentes; algo de lo que el niño no era responsable ni conocedor.

La Orden del Druida fue dividiéndose entre una línea dura, partidaria de eliminar a todo y a todos los que no perteneciesen a la época presente, y una línea blanda, que rechazaba matar a los humanos, que, por accidente, traspasaban las fronteras del espacio y el tiempo, llegando a nosotros con la suciedad y el veneno del Mundo Viejo.

El número de jóvenes dispuestos a respetar la regla de una Orden que fue haciéndose cada vez más rígida, disminuyó drásticamente, lo cual, en vez de debilitar, afianzó la fuerza heroica de aquellos que se atrevían a vivir en el Sicariato. Al final, solo quedaba una Abadía de Sicarios, un complejo que no figuraba en ningún mapa, aunque todos conocían su existencia.

Lo que yo sé, es que gracias a su liderazgo y adiestramiento, los Sicarios llegaron a ser tan poderosos y reverenciados por la gente, que los gobiernos de los Nuevos Reinos, que habían surgido después del desastre climático, comenzaron a temer ser avasallados.

Este es el momento en el que se desarrolla la vida de Abraxas Iscarión, y sus compañeros de trayectoria. No estoy aquí para juzgar sus actos, sino para explicar por qué existió un último Sicario, y también para dejar constancia de que yo mismo fui testigo y actor de su historia.

Soy el señor Federico Dúmbar, Líder durante muchos años de la aldea de Kirkenaly, que tiene un nombre más grande que su extensión. Pocos forasteros llegan aquí, porque estamos en el extremo del extremo, o como se suele decir en los Nuevos Reinos, “donde los pájaros no emigran”. Pero existen muchos otros sitios en el Planeta Azul, adonde los pájaros no llegan, y son tan bellos como este lugar.

No hay nada anodino ni en Kirkenaly ni en sus circunstancias; oculta a los ojos de cualquiera, que no sepa que se encuentra justo aquí, entre dunas y manglares.

Puedo decir que he visto nacer a muchos, pero no a la mujer que llamamos la Médium. Aunque no lo parece, es probable que sea más vieja que yo, o que haya surgido en el pantano, igual que surgen las ondas del mar. La llamamos Médium del Oeste, pero nadie puede asegurar que haya una Médium en cada uno de los otros puntos cardinales, ni que la casa de esta de quien os hablo, se ubique exactamente en el punto más occidental del Gran Pantano.

La gente dice que ella puede ver lo que los demás no vemos, hasta el movimiento de las hormigas por debajo de la tierra. La gente pregunta y ella contesta, pero yo no creo en esas cosas, no creo en espíritus ni en fantasmas, puede que en maldiciones, pero nada más. Y si hago hincapié en lo de las maldiciones, no es por mero afán de poner un ejemplo de mi incredulidad, sino porque fui testigo de cómo un hechizo malintencionado, afectó a las vidas de varios habitantes de mi aldea.

**Los túneles del infierno**

La lluvia golpeaba con fuerza a todo lo que se interpusiera en su camino. Los relámpagos arrojaban haces repentinos que rebotaban contra los muros, revelando la silueta gótica de la Abadía, que a esas horas parecía desierta.

Tres hombres corrían entre las sombras, intentando refugiarse de la intemperie, y de la mirada curiosa de los que dormían, o aparentaban dormir. Iban hacia la parte más antigua del edificio, que se encontraba abandonada. Un destello descubrió al Hermano Isdris, haciendo una seña con el brazo para guiar a Juan y Abraxas. Se detuvieron junto a un arco bajo que lucía más como un desagüe que como una puerta.

-Para entrar, tenéis que pasar por debajo de la reja –explicó.

-No nos dijiste que estaba inundado –dijo Juan al ver que el nivel del agua cubría la mitad inferior de la cancela.

-Habrá sido la tormenta.

-Podría ser una trampa –murmuró Juan al oído de Abraxas.

-La reja no llega hasta abajo –dijo Isdris-, y más adentro, debería estar seco, porque los túneles van subiendo.

-¿Tú los has visto? –insistió Juan ante el mutismo de Abraxas.

-Es lo que dicen. Además, tú mismo puedes comprobarlo si te has fijado en los desniveles que tiene la Abadía.

-Yo no sé nadar –dijo Juan.

-Iré yo –dijo Abraxas-. Quedaos aquí por si viene alguien.

Avanzó caminando por la rampa mientras el agua lo iba cubriendo. Sintió el frío que subía por su cuerpo, empapándole la ropa, que pesaba cada vez más, como si fuera un lastre; se llenó de aire los pulmones y desapareció bajo la masa turbia.

-¿Cómo es que sabe nadar tan bien? –preguntó Isdris.

-Creció junto al Gran Pantano.

El Hermano Isdris retrocedió y fue alejándose.

-¿Adónde vas? –preguntó Juan.

-Es mejor que nos separemos para vigilar.

Juan lo vio desaparecer entre las sombras y tiritó.

Más lejos, bajo el agua, también tiritó Abraxas, y su temblor dio un respiro a sus músculos agarrotados por la zambullida. Estaba adentro: nadó hasta hacer pie y subió al pasillo adoquinado en el que el agua apenas llegaba a los tobillos. No conocía el trazado de las galerías, ni tenía un plan más allá de deambular, guiado por su propia percepción. En vez de concentrarse, pensó en Berthildis. A lo largo de los años, había enterrado el recuerdo, aunque no para olvidarlo, sino para conservarlo intacto.

La bóveda de los techos era tan baja, que Abraxas, de un metro noventa de alto, tenía que agachar la cabeza para no golpearse. Los túneles se abrían cada tanto en cámaras cuadradas con antiguas criptas que nadie visitaba, para seguir luego dividiéndose en múltiples direcciones, delimitadas por muros, columnas y extraños cuartuchos sin puerta, no más grandes que un armario.

Aunque allí abajo la percepción del tiempo era confusa, Abraxas sabía que llevaba un rato dando vueltas por aquel laberinto subterráneo. El agua del suelo había desaparecido y la oscuridad solo se veía interrumpida por el haz de la pequeña linterna bioluminiscente, que había cogido del cuarto de herramientas del jardín.

Olía a podredumbre, muerte y orines, y su mente repasó las escenas de tortura que había visto en la galería cercana al despacho del Prior. Sentía la presencia de otra alma, una asustada y atrapada. La gran duda era, si sería el alma de un vivo, o de un muerto.

El chillido de una rata se perdió en el eco, y algo dentro de Abraxas gritó un silencioso “aquí”. Entonces tragó saliva y se detuvo frente a uno de los huecos para enfocar el interior. Una respiración tan imperceptible como la de un animal agazapado o medio muerto, acompañaba el olor metálico de la sangre seca.

Lo que vio, lo impactó más que los cadáveres de la turbera: había un hombre encadenado, sentado en el suelo, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, rodeado de sus propias heces y apenas cubierto por jirones roñosos.

Abraxas se acercó de la única manera posible, que era gateando.

-¿Quién eres? –preguntó.

-Agua… -gimió con un hilo de voz.

Abraxas revisó los grilletes, pero le fue imposible abrirlos.

-¿Hay alguien más aquí encerrado?

-Agua… -repitió el desgraciado.

-Volveré y te sacaré. Resiste.

No tenía ni agua ni comida para dejarle, así que pensó que cuanto antes regresara, mejor. Salió del zulo y cuando estaba a punto de desandar lo andado, se dio vuelta y avanzó un trecho más por el pasillo, iluminando cada hueco que veía; en todos había grilletes, aunque ya no quedaba ningún ser humano, ni vivo, ni muerto.

Afuera, Juan esperaba, aterido, pegado a un ángulo de la pared; había pasado como una hora y seguía lloviendo. Cuando escuchó ruidos, esperó que fuese el Hermano Isdris, pero enseguida se dio cuenta de que dos personas se acercaban con sigilo. A pesar de no poder distinguir quiénes eran, sabía que debía avisar a su amigo.

“Sal del túnel ahora. Hay problemas”, fue exactamente el pensamiento que transmitió a Abraxas. Después se agachó para ocultarse aún más y esperó concentrado, con la mirada y la mente puesta en el agua que se perdía tras la reja.

Dos truenos más tarde, Abraxas emergió y salió arrastrándose. Juan lo empujó contra el barro y ambos permanecieron inmóviles mientras dos Hermanos de la Abadía inspeccionaban los alrededores.

Los reflejos intermitentes de los relámpagos, descubrían las emociones de Abraxas y las incertidumbres de Juan. Se arrastraron, esperaron, temieron y temblaron por motivos diferentes, y en el momento justo de la oscuridad máxima, se alejaron corriendo hacia la huerta en la que habían estado trabajando y charlando esa misma tarde.

Juan vio que su compañero no tomaba la ruta de escape que debería; confiaba en Abraxas como para seguirlo ciegamente, pero no comprendió lo que hacía hasta que lo vio patear con ambas piernas uno de los portillos que cerraban el sistema de riego. Al romperse una parte, el agua amontonada en la arqueta más grande empezó a salir como un arroyo descontrolado, inundando los cultivos.

-¡Aquí! ¡Ayúdame! ¡Se ha partido! –comenzó a gritar Abraxas llamando la atención de los perseguidores- ¡Juan!

Los que habían estado buscándolos, llegaron corriendo, pero al toparse con el barrial permanecieron mirando desde el terraplén, mientras Juan y Abraxas, fingiendo no verlos, se afanaban intentando contener la fuerza del agua.

-Buena idea –murmuró Juan.

-Escucha: debo regresar a los túneles. Hay un hombre prisionero. La mujer tenía razón, y si no lo saco, morirá.

-¿Estás loco? Han estado a punto de descubrirnos.

-Ya se han ido –dijo Abraxas señalando con la cabeza.

**[Gracias por leer. Espero que te haya gustado.](https://www.amazon.es/gp/product/B0B8352RYC/ref%3Ddbs_a_def_rwt_bibl_vppi_i5)**

**[Si quieres acceder a todo el Contenido, sigue el siguiente enlace, te conducirá a una página de Amazon](https://www.amazon.es/gp/product/B0B8352RYC/ref%3Ddbs_a_def_rwt_bibl_vppi_i5)**